

Paisajes de escuela

Por Carina Rattero

Cinemaestro (dos) se *enuncia* hoy como **Paisajes de escuela...**

Paisaje de infancia y juego o, para reconstituir ese mosaico historiado de los muros, la escuela de las certezas, el orden y las amonestaciones... escuela que disciplinaba saberes y cuerpos. Paisaje interior, recuerdo... casi musical, en el que ya nada es sólido.

Paisajes que **cambian** decorados y en los que el tiempo deja sus huellas: características, mandatos y usos sociales se dibujan diferentes, pero dentro de los límites de **pretensiones siempre presentes**: enseñar, formar, socializar, disciplinar, normalizar...

Impresiones fragmentarias para componer en lo real imágenes nuevas a través de distintos elementos que hacen un paisaje humano... gestos, voces, detalles, afectos, palpitaciones... emociones y movimientos susceptibles de resumir un universo. Porque el paisaje se construye allí, **entre el interior y los exteriores**, entre el yo y el universo, o entre el mundo y la propia representación... Paisajes, entre lo que pasa y lo que esto compromete en cada que uno de nosotros, eso que *nos pasa*, lo que afecta y con-mueve la mirada interior.

Paisajes del alma. Recorte siempre ficcional, porque el paisaje es patrimonio de quien lo describe, lo narra, lo vive... Paisajes —con jacarandas y barrancas, guardapolvos blancos como nubes sobre los verdes y el río— compuestos de ecuaciones, efemérides, exámenes, tiza y pizarrón. Paisajes que contrastan desmesura y escasez, alimentados de dolores, pobrezas y carencias; pasiones, perseverancias, atrevimientos necesarios y desmesuras que se des-viven por enseñar...

Paisajes (siempre en **plural**) como plurales son nuestras formas de ver, por eso **tantos**, como maestros, niños y familias, *tantos* como visiones políticas, científicas, proyectos, tantos, como lógicas del mercado o de los especialistas invaden hoy la escuela.

Y es esta pluralidad la que nos permite **problematizar la mirada**, sospechar de una verdad en y sobre la escuela... Porque la mirada se posa en un detalle, profundiza, focaliza un aspecto, se detiene, o a veces se pierde mirada que también puede abrirse a otro horizonte de visibilidad en el juego compartido que entreteje y contrapone sentidos, significados, voces y visiones si pensamos con otros.

Paisajes de escuela que, aunque mutando, persisten en rituales: levantar la mano, formar fila, izar bandera, y... —permiso Señor, voy al baño—... como pequeños **resúmenes del mundo que construyen nuestra identidad**, nos dicen, nos nombran o tal vez hace ya tiempo..., sin que nos diéramos cuenta... han dejado de hacerlo...

Por eso *Paisajes de escuela* es invitación, convite a reencontrarnos, re visitando *aquella* escuela a la que fuimos, la que otros soñaron para una nación, las del país que fue o pudo ser... Las imágenes de la desolación y el desencanto, o los sueños fallidos que tenemos a diario... Las del desierto que requería ser poblado, o la *barbarie, civilizada sin resto* por métodos, normas, legislaciones, controles y reglamentos...

Pensando en la huella de esa historia, lo que somos, y nuestra escuela, para visualizar limitaciones y posibilidades, intentando *que lo cotidiano no se desvanezca*, insensible e indiferente, volviéndose a nuestros ojos sólo dato, trivialidad, costumbre...

Re-visitando lo que hacemos, para pensar lo que dejamos de hacer, lo que nombramos y cómo lo nombramos, sabiendo que no hay ingenuidad, ni en las palabras ni en las prácticas. Para potenciar lo que podemos y averiguar lo que podríamos... habilitando y habilitándonos otro espacio... Un paréntesis en el horizonte de una apuesta que abra este presente sin miramientos, aventurándonos sin sopesar costos.

Porque paisaje anuda a patrimonio, trae beneficios si nos hacemos poseedores de aquello que se nos presenta. Entonces si hay implicación, si comprometemos allí un modo de mirar que es lectura, demora... un volver

sobre lo visto y sabido en un movimiento que permite explorarlo de otro modo... *paisajes de escuela* dirá allí **tomar esto que hoy acontece**, lo que sucede en aulas, patios, baños y bibliotecas..., lo que inquieta y sacude las tranquilas aguas del paisaje conocido... Hacernos cargo de mirar para re-ver formas de hacer, de gestionar o de mero administrar, entrampadas en el cerco de lo sabido y “lo posible” siempre escaso...

Y también, *Paisajes* para demorarnos, respirar hondo, y más allá del instante, pensar. Como cuando uno se para frente al río y al mirarlo, un atardecer nos hace diferencia. Porque el río nos devuelve un recuerdo, una imagen, aquella lágrima, y una nueva lectura se abre al poniente en rosa lila, invitándonos a transitar lo mismo, pero con otra poética...

Paisajes como **lecturas**, con **demoras** que nos devuelven de modo diferente. Y entonces el paisaje se va pintando en el alma como un susurro, como un “*rumor de lluvia...*” —en palabras de Juan L. Ortiz, un maestro, el más grande poeta argentino del siglo XX, un poeta de esta provincia, que nos dice:

Rumor de lluvia.
Flota el alma en una
dulce soñolencia
musical,
y se pone del
color del paisaje:
verde hondo y húmedo
contra gris errante;
y se hunde en su
temblorosa gravedad;
se hunde, se hunde...

Leo. Leo como en una
rumorosa lejanía
de mí mismo.

(Juan L. Ortiz)